

por el cansancio; indicaba horizontes inmensos, buscaba á su alrededor un manantial donde apagar la sed, y dejaba caer los brazos y la cabeza como hombre que siente agotadas sus fuerzas. Después, de repente, descubría muy lejos algo que llamaba su atención, vacilaba, al par creía y no creía lo que estaba viendo, al fin llegaba á convencerse de la realidad, y entonces se reanimaba, apresuraba el paso, alcanzaba el lugar apetecido, daba gracias al cielo, y se echaba al suelo, respirando satisfecho y riendo de placer, bajo la deliciosa sombra de un oasis que nunca esperaba descubrir.

El auditorio le escuchaba sin pestañear, inmóvil, dejando ver en la expresión del rostro el efecto que en su ánimo produjera cada una de las palabras del narrador. Tal cual en aquel instante se encontraba concentrada en los ojos su vida toda, podían adivinarse claramente la ingenuidad y ternura de sus sentimientos, ocultos bajo la apariencia de una rudeza salvaje. El narrador caminaba, dirigiéndose ora á la derecha, ora á la izquierda, se adelantaba con decisión, retrocedía horrorizado, se cubría el rostro con ambas manos, elevaba los brazos al cielo, y paulatinamente íbase exaltando y levantaba la voz; los músicos soplaban y sonaban con más fuerza, los oyentes se estrechaban con la mayor ansiedad, hasta que terminando la narración con un grito intenso, los instrumentos fueron lanzados al aire, y los circunstantes, hondamente impresionados, se dispersaron para ceder el lugar á un nuevo auditorio.

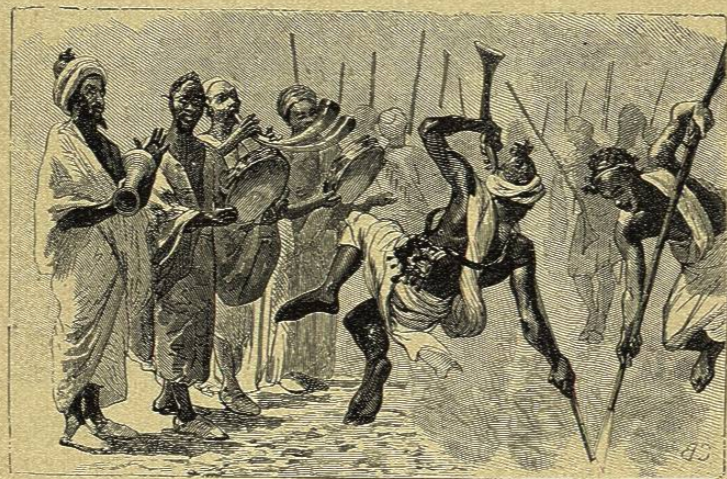
En otro círculo mucho mayor que los demás, veíanse tres músicos cuyas figuras, música y movimientos produjeron en mi ánimo una impresión singular. Los tres eran zambos, de extraordinaria talla y encorvados de los pies á la cabeza como las grotescas figurillas con que en los periódicos

ilustrados suele representarse la C mayúscula. De ellos el uno tañía el pífano, el otro una pandereta y el tercero un instrumento indefinible, una especie de clarinete, combinado no sé de qué manera con dos trompas de caza divergentes que producían un sonido jamás escuchado<sup>1</sup>. Dichos músicos, envueltos en unos cuantos andrajos, manteníanse estrechados el uno contra el otro, cual si hubiesen estado atados, y sonando continua y desesperadamente el mismo motivo, el único que tocaban acaso hacía cincuenta años, daban vueltas en derredor. No sé de qué manera se movían; era aquello algo que participaba de danza y andanza, una especie de pasos semejantes á los de la gallina que va picoteando, una especie de frotamiento de hombros, llevado á cabo por tres con una simultaneidad maquina, y tan lejana de algo que tuviera punto de semejanza con nuestros movimientos, tan nuevo, tan bizarro, que cuanto más lo observaba, tanto más me daba qué pensar; pues parecía como que expresara una idea, ó tuviese su razón de ser en alguna propiedad característica del pueblo árabe, presunción que abrigo aún, siempre que de ello me acuerdo. Aquellos desgraciados, inundados de sudor, tocaban y se movían hacía más de una hora, con una seriedad inalterable, en tanto que los contemplaban algunos centenares de personas apiñadas é inmóviles, con el sol en los ojos, sin dar señales ni de fastidio ni de satisfacción.

El círculo en que se metía más bulla era aquel en que estaban los soldados. Eran doce entre jóvenes y ancianos: unos con alquicel blanco, otros con sólo la túnica, éste con fez, aquél con capucha, armados con fusiles de chispa, largos como lanzas (espingardas), en los cuales introducían la pólvora á granel, según costumbre del país, pues en Marruecos

<sup>1</sup> Una especie de gaita.

no se conocen los cartuchos. Uno más anciano, que demostraba tener cierta superioridad, dirigía el espectáculo, que consistía en colocarse seis á cada lado, enfrente unos de otros, hasta que en un momento dado y obedeciendo á cierta señal, cambiaban rápidamente de sitio é hincaban una rodilla en el suelo. En semejante situación uno de ellos cantaba no sé qué cosa con voz agudísima, y de falsete, adornándola con trinos y gorjeos que duraban algunos minutos, en tanto



Los soldados bailadores

que los demás escuchaban con la mayor atención y profundísimo silencio. Después, de repente, se ponían en pie, describían alguna vuelta en derredor, y dando un gran salto, que acompañaban con un grito de júbilo muy agudo, volvían las espingardas y disparaban contra el suelo. Es imposible imaginar la rapidez, la furia, y cuanto había de locamente festivo y de diabólicamente simpático en aquella danza fulgurante y estrepitosa, que se contemplaba al través de una nube de polvo dorado por los rayos del sol. Entre los espectadores, á pocos pasos del lugar en donde me hallaba, veíase

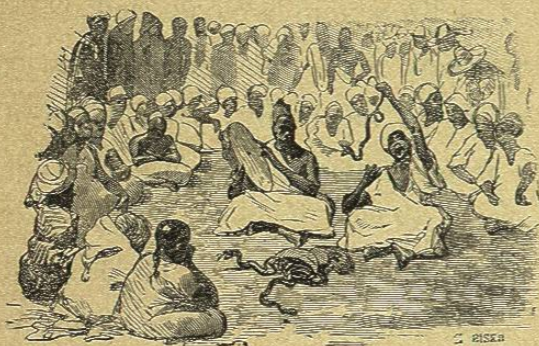
una arabita de diez á doce años, no velada aún, una de las caritas más lindas que hasta entonces había visto en Tánger, de un moreno pálido delicadísimo, que con sus hermosos ojazos, llena de admiración, contemplaba el espectáculo,— para ella mucho más maravilloso que la danza de los soldados,— que yo le ofrecí quitándome los guantes, esta segunda piel de las manos, como dicen los muchachos árabes, que los cristianos se quitan y ponen cuando se les antoja, sin causarse daño alguno.

Estaba indeciso respecto de si iría ó no á contemplar al encantador de culebras; pero al fin venció la curiosidad. Estos llamados encantadores pertenecen á la hermandad de los Aissaua, y según dicen, tienen de su patrón Ben-Aissa el privilegio de poder desafiar impunemente la mordedura de cualquier animal venenoso.

La verdad es que muchos viajeros, dignos de fe, aseguran haber presenciado el espectáculo ofrecido por varios de esos encantadores, de hacerse morder hasta saltar la sangre, sin experimentar efecto alguno, por culebras cuyo violento veneno se probó pocos momentos después en animales que resultaron víctimas de la mordedura, añadiendo que no habían logrado descubrir los medios de que echaban mano aquellos charlatanes para ponerse á cubierto del terrible efecto de la ponzoña.

El Aissaua que yo ví ofrecía un espectáculo horroroso, pero incruento. Era un árabe menudito, membrudo, de mirada atravesada, cara de verdugo, melenudo como un rey merovingio y vestido con una especie de camisa azulada que le cubría hasta los pies. Cuando me acerqué, saltaba, en derredor de una piel de cabra extendida sobre el suelo, por uno de cuyos extremos asomaba la boca de un saco, en cuyo

interior hallábanse guardadas las culebras. Al par que iba dando saltitos, entonaba una canción melancólica, que acompañaba al son de una flauta, canción que debía ser una invocación á su santo patrono. Terminado el canto, estuvo charlando y gesticulando durante mucho tiempo, á fin de que le echaran algunas monedas: después se arrodilló delante de la piel de cabra, introdujo la mano en el saco, y con grandes precauciones extrajo de él un culebrón enorme y lleno de vida que puso de manifiesto á los circunstantes. Después



El encantador de culebras

comenzó á jugar con él cual si hubiese sido un pedazo de sogá: agarrólo por el cuello, suspendiólo por la cola, se lo ciñó en derredor de la frente, metióselo en el seno, lo hizo pasar en torno del aro de un tamboril, lo arrojó al suelo, lo pisoteó y lo apretó colocándoselo debajo del sobaco. El repugnante animal erguía la aplastada cabeza, afilaba el aguijón, se retorció en aquellos sus movimientos flexibles, repulsivos, abyectos, que parecen la viva expresión de una villana perfidia, y lanzaba de sus ojillos pequeñísimos toda la rabia que existía en su cuerpo; pero no me acuerdo que mordiera una sola vez la mano que lo aprisionaba. Cuando estuvo cansado de los ejercicios precedentes, el Aissaua agarró la serpiente por el gáznate, introdújole en la boca un hierrecillo que le impedía cerrarla, y en semejante disposición la puso de manifiesto á los espectadores más próximos para que pudieran examinar los dientes, examen por demás ocioso,

toda vez que el virus ponzoñoso existía, por lo mismo que no había habido mordedura. Después de esto agarró al animal con ambas manos, introdújose en la boca la cola del mismo, y comenzó á mover las mandíbulas: el reptil se retorció furiosamente, y yo me alejé horrorizado de aquel sitio.

En aquel momento apareció en el Zoco nuestro encargado de negocios, y como se hubiese apercebido de ello el vicegovernador, desde lo alto de la colina, corrió á su encuentro y lo condujo á su tienda, en la cual nos hallamos reunidos, al cabo de breve rato, todos los individuos de la futura caravana. Con este motivo acudieron á las cercanías de aquella músicos y soldados en gran número, formándose ante la puerta un grandísimo semicírculo de árabes, los hombres en la parte la más próxima, y detrás, en grupos, las mujeres, comenzando un concierto infernal de danzas, cantares, gritos y descargas, que duró más de una hora, en medio de una densa nube de humo, al compás de una música endiablada y de los estridentes chillidos de entusiasmo de mujeres y muchachos, y con gran satisfacción del vicegovernador é indecible placer de los espectadores, entre los cuales nos contábamos. Antes de terminar, el encargado de negocios dió no sé qué, amarillo como el oro, á un soldado, para que éste lo entregara al director del espectáculo. El soldado volvió al cabo de un rato, y repitió las gracias que diera aquél, expresadas en las siguientes palabras que tradujo al español: «El embajador de Italia ha hecho una buena acción: bendiga Alá cada uno de los pelos de su barba.»

La fiesta continuó hasta después del ocaso. ¡Extraña fiesta! Tres vendedores de agua fresca bastaban á satisfacer las necesidades de toda aquella muchedumbre que durante medio día permaneció inmóvil bajo los abrasadores rayos del sol de